

Naturales de una ciudad
multiétnica

Vidas y dinámicas sociales
de los indígenas de Quito en el siglo XVII
Carlos D. Ciriza-Mendivil



Carlos D. Ciriza Mendivil
Naturales de una ciudad multiétnica.
Vidas y dinámicas sociales de los indígenas de Quito en el siglo XVII
Madrid, Sílex ediciones, 2019

En las sociedades hispánicas frente a la diversidad y a la heterogeneidad de condiciones y calidades de las gentes, se intentó encajarlas en categorías como: indio, cholo, mestizo, negro, pardo, legítimo, ilegítimo, bastardo, entre otros. No obstante, la historiografía de los últimos años ha dado cuenta que estas demarcaciones son conflictivas y porosas, y más aún permean limitaciones pero también posibilidades. La práctica toma distancia de la norma y entra en tensión lo real con lo ideal como se observa en los documentos notariales y judiciales, en donde las personas hacen uso de «recursos» y manifiestan sus «intereses», más allá de las perspectivas económicas. De esta forma, el tránsito por los diversos espacios da lugar a acciones cargadas de sentido como: «actividad, interacción, intermediación, desplazamiento, cambio y adaptabilidad» (p. 304).

Carlos D. Ciriza Mendivil es un joven historiador con una larga trayectoria en estudios sobre los indígenas en Quito del siglo XVII. En su libro nos plantea de manera acertada y necesaria varios cuestionamientos como: «comprobar hasta qué punto los indígenas se implantaron en el espacio urbano, observar las diferencias de dinámicas y vínculos entre los indígenas y el resto de habitantes de la ciudad, y analizar las mismas diferencias al interior de la “república de indios”» (p. 12). Estas no son preguntas ingenuas ni con respuestas preestablecidas, dado que, como el mismo autor nos demuestra, una persona puede cambiar de identidad/identificación y presentarse en un documento como indio, en otro, mestizo, o finalmente autorreconocerse a través de su oficio.

Esta mirada panorámica y polivalente es posible solo a través de una revisión exhaustiva y razonada de la documentación. De ahí que el autor nos ofrezca de

forma clara sus «escrituras de trastienda»¹, a través de archivos como: Archivo Metropolitano de Historia de Quito (AHMQ), Archivo Histórico Alfredo Pareja Diezcanseco, Archivo Histórico del Banco Central (AHBC), Archivo de la Curia Metropolitana de Quito (ACM/Q), el de la parroquia de San Roque (AHPSR), y el de La Compañía (ACJE). En consecuencia, nos presenta varios centenares de compraventas, testamentos, declaraciones, obligaciones, poderes, convenios, fianzas, juicios, cartas-cuentas de tributos, que son leídos desde la metodología de las redes, con énfasis en los vínculos interpersonales y la micro-historia.

El libro está dividido en cinco capítulos. En el primero, nos presenta a los indígenas en la ciudad, y, de acuerdo a la distancia que toma el autor con la micro-historia, no como una extrañeza, sino como sujetos que decidieron movilizarse a Quito. En este punto, la pregunta que nos plantea es por qué se elige esta ciudad como espacio de acogida, ya que antes de la llegada de los españoles no existen evidencias arqueológicas que la compararan, por ejemplo, con Tomebamba. De ahí que este espacio deba ser entendido como un lugar de intercambio regional, que justamente creció por las migraciones individuales y colectivas del siglo XVII.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las motivaciones de los indígenas para movilizarse a Quito? En primera instancia existe la idea de la huida, del alejarse de lo que representa el nuevo sistema de control. Sin embargo, la ciudad es atractiva para los indígenas; en primer lugar, por su economía monetaria incluso para el pago de los tributos, y no la evasión. Esto está estrechamente vinculado con la oferta laboral y los salarios más elevados, así los indígenas aparecen en la documentación como constructores, arrieros, pulperas, mercaderes, vendedores de productos agrícolas, productores y distribuidores de textiles, sastres, tenderos, gateras, entre otros. Por otro lado, en la urbe se puede notarizar las transacciones, asistir donde el protector de naturales, escribanos, alcaldes y doctrineros. En otras palabras, las gentes pueden acceder a las actividades escriturales y legales vigentes en las llamadas «ciudades letradas». Finalmente, en este mismo espacio es posible el acceso a la asistencia médica como hospitales, y educativa como escuelas para naturales.

En el segundo capítulo, Carlos D. Ciriza Mendivil nos invita a reflexionar a partir de una pregunta trascendente y situada sobre cómo identificar a los indígenas. La discusión en principio podría centrarse en la mirada del escribano o del notario. Sin embargo, es preciso señalar que, por ejemplo, esta no se sitúa en el color de la piel, dado que las estrategias de identificación y la movilidad entre las calidades se construyen a través de la autonombramiento de los sujetos o el silencio, como sucede también con el uso de los apellidos. No obstante, el asunto no termina ahí porque trasciende a lo visible pero también a lo modificable: el

¹ Caimari, 2018.

hábito. Sobre este punto, en primer lugar, es necesario que nos situemos en un contexto con una tradición textil que dio acceso a los indígenas y a las gentes del común a una cantidad y variedad de productos, como anacos, llicllas, faldellines, fajas, camisas... En segundo lugar, ciertos elementos construyeron identidades/ identificaciones, no solo estatus socio-económico mayor o menor, con los denominados «hábito de mestizo» –faldellín y lliglla–, «hábito de indio» –anaco y lliclla– e, incluso, un caso particular de «hábito de culebra».

Por otra parte, en este apartado, podemos observar las dinámicas sociales de las familias, en donde es escasa la presencia del tipo monoparental por individuos separados; sin embargo, aparecen con más constancia: viudas y solteros; estos últimos dentro de un grupo que no dice su estado civil. Aquí, una vez más entra en tensión la decisión de decir o callar, de moverse o de permanecer, y de continuar la construcción de ser pero también de estar nunca dentro de un esencialismo. Por otra parte, las familias se relacionan con otros individuos en calidad de albaceas, padrinos y compadres –pocos casos–, pero también en esa cartografía que se construye con la gente que vive cerca de los bienes que se compra; el bien adquiere otra importancia por quienes habitan alrededor de este. En otras palabras, se construyen cartografías de saberes, poderes, alianzas, entre otros.

En el tercer capítulo, el autor nos muestra a los indígenas en Quito. En este punto, es preciso señalar que no siempre la movilidad supuso la condición de forasteros. Por otra parte, no solo la urbe quiteña era centro de interés, también había migraciones a Otavalo, Latacunga, Ambato y Riobamba. Pero ¿qué sucede con los vínculos de origen? ¿Movilizarse significa olvidar las comunidades? Aquí, es importante señalar que si bien los espacios de vivienda se presentan como lugares de vinculación grupal, los indígenas del siglo XVII no dejaron de lado los lazos con los espacios rurales como se ve en las sepulturas. Es un continuo ir y volver, no solo en el sentido migratorio, sino en relación a los vínculos, a las solidaridades e incluso a las tensiones.

Por otra parte, habitar el nuevo espacio supone el uso de una conciencia de donde estar; así, los micro-espacios en torno a un convento o a la especialización laboral se construyeron a partir de «pertenencias informales». De ahí que los indígenas aparezcan en distintos oficios, como se señaló líneas arriba, como maestros, sederos, productores de textil, botoneros, entre otros. Además, en el taller, donde existe una relación vertical entre maestros, aprendices y oficiales, las fronteras socio-étnicas no fueron tan rígidas, incluso en el caso de los obrajes se presentaban como lugares multiétnicos. Por otra parte, en la Iglesia también había oportunidades para indios organistas, cantores, sacristanes, así como la participación en cofradías, que estaba condicionada a hacer ciertos gastos y acceder a puestos.

En el cuarto capítulo, el autor nos muestra la presencia de mujeres no «sobrehumanas» pero sí «visibles públicamente y económicamente influyentes». Es

interesante cómo ellas hacen uso de diferentes documentos para mantener el control de sus bienes. Por ello elegían no otorgar tantos poderes, ellas mismas podían encargarse de sus asuntos, pero sí compraventas de tierras. Por otra parte, el poder que detentaban no estaba condicionado por su estado civil, pues este podía cambiar pero no el ejercicio de su poder. Es más, cuando una mujer se casaba, trataba de marcar su dominio económico ya sea en los gastos que realizaba o en los bienes que poseía. De ahí que tome sentido que las mujeres hagan descripciones muchas veces más puntillosas de sus bienes muebles como una forma de dar valor a los objetos de su posesión, y no como un indicador de reclusión al espacio doméstico.

En definitiva, las mujeres también fueron prestamistas, tenían tierras, criaban ganados, gobernaban su hogar y comercializaban en el espacio público, a partir del aprovechamiento y resignificación de un contexto anterior y del sistema de herencia paralela. Además, aparecen como testaferras, representadas y como testigos –no en testamentos–, que da cuenta de una valoración de su mirada y su voz en ciertos asuntos. Son mujeres vitales construyendo sus historias a partir de lo que conocen y de lo desconocido, a partir de sus motivaciones, intereses y agencias.

En el último capítulo vemos a los caciques que podían ser escribanos, cobradores de tributos, jueces, mercaderes, comerciantes, artesanos... Ellos siempre estaban a dos caballos entre la aceptación de su parcialidad y su «eficiencia» para el cobro de tributos. Por ello también, a pesar de migrar a la ciudad, mantenían el control de sus bienes rurales. Es decir, conservaban los vínculos con sus comunidades a través de donaciones, apoyos o pertenencia a cofradías; pero al mismo tiempo en la ciudad prestaban dinero, compraban bienes, renovaron alianzas y construyeron nuevas redes. La imagen de los caciques es binaria, la una no se puede entender sin la otra porque eso justamente les permite acceder a los beneficios de su cargo. De ahí que, los cacicazgos de la ciudad controlaran instituciones con el apoyo de grupos de naturales sujetos, a diferencia de lo que sucedía con las élites no cacicales y las autoridades étnicas que contaban más bien con las cofradías y las alcaldías de indios urbanas.

Jacques Poloni afirma que «al fin y al cabo, hacer historia es dialogar con los muertos y restituir su vida a través del eco de sus palabras, a través del reflejo de sus acciones. Es tener el vértigo –y seguramente la ilusión– de hacerlos renacer»². Carlos D. Ciriza Mendivil lo logra con total claridad, imaginación y sensibilidad. Su libro es el resultado de complejos procedimientos de indagación, con lo cual nos muestra los caminos por los que los indígenas de «carne y hueso», como los llama, transitaron; pero también cómo habitaron esos espacios, qué estrategias

² Poloni-Simard, 2007, p. 165.

utilizaron, qué callaron y qué decidieron contar. El indio «evanescente» a través de estas páginas se lo ve vivo, como sujeto de agencia en constante cambio, adaptación y negociación social.

Bibliografía

- Caimari, Lila, «El historiador y el archivo, el archivo y la historia: reflexiones sobre el uso del archivo para la escritura de la historia», *Hilos Documentales*, 1, 1, 2018, <https://revistas.unlp.edu.ar/HilosDocumentales/article/view/6279/5340> [consultado el 12/08/2020].
- Poloni-Simard, Jacques, «El oficio del historiador y la sociedad colonial», *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 25, 2007, pp. 163-166.

María Teresa Arteaga
Universidad de Cuenca-Ecuador
mariateresarteagauquilla@gmail.com